

## EXTRACTOS DEL DIARIO DE JUAN CALASANCIO (2).

Miércoles, 27 de febrero de 1971.

Hoy es miércoles de ceniza. Hace frío. Por las mañanas, cuando voy calle Alhóndiga arriba camino del colegio, el ambiente es húmedo y a veces hay niebla. Llegando a Santa Catalina, el bullicio hace que parezca más tarde. Los azules autobuses del ayuntamiento que van camino de la Encarnación o los que salen del centro hacia la Puerta Osario, hacen resoplar, sus potentes frenos o el sistema de aire comprimido que impulsa el mecanismo que abre las puertas. La luz de la Casa de Socorro de la esquina de los antiguos juzgados, permanece encendida después de toda una noche en vela. Don Emilio Amaya, el viejo practicante del ayuntamiento, apura su copa de aguardiente antes de dirigirse a casa tras la guardia nocturna. Los barrenderos, con sus carros metálicos pintados en purpurina de plata, vienen en fila desde su almacén central en la calle Arroyo, un poco más allá de la antigua cochera de los tranvías, quedándose cada uno en la zona de la que son responsables. Dos o tres personas esperan en la calle a que salga la próxima rueda de calentitos para desayunar en casa.

Cruzar desde los juzgados a la acera de la iglesia de Santa Catalina, es toda una aventura. Algunos padres protestan. Casi todos suelen repetir lo mismo: *¡Hasta que un coche no mate a algún niño, no pondrán un semáforo!* Entre los niños que van al colegio de los Escolapios, los que van en dirección contraria camino de San Francisco de Paula y las mujeres que se dirigen con una bolsa en la mano camino de la plaza de la Encarnación, la plaza de Santa Catalina, es un batiburrillo de gentes, taxis, autobuses urbanos y vehículos de reparto. Raro es el día en el que no veo pasar los Isocarros de los lecheros (Luis de la calle Alhóndiga y Antonio de la calle Espronceda) y el carro de la nieve, pintado de amarillo con grandes letras granates en los laterales en los que se lee hielo, tirado por un caballo percherón.

A los días, por mucho que los mayores digan el consabido refrán ese de que por San Blas las cigüeñas verás, les cuesta trabajo despuntar. Sigo oliendo a alhucema de los braseros de dos casas por las que paso cada día, una en la calle Boteros y otra en Almudena. Eso sí, ya se van notando las tardes; no se hace de noche hasta bien pasadas las siete. Al tomar conciencia de que las tardes se van alargando, da la impresión de que el estado de ánimo mejora. Se presiente la llegada de la primavera.

Nada más llegar a clase nos hemos dirigido a la iglesia. Caminamos en filas, cada una pegada a una pared, dejando libre la parte central por la que van vigilantes y profesores. Hoy se inicia la cuaresma. El padre Millán y el padre Espejo se han encargado de repetirnos, desde hace unos días, que es un tiempo de penitencia, de privaciones y de oración. No creo que a ninguno de nosotros nos haya influido lo más mínimo. No vemos diferencias entre los días cuaresmales y los otros. La liga de fútbol sigue adelante, las clases no se detienen hasta llegar a Semana Santa y en el ambiente de la calle no se nota nada diferente. Distintas resultan la Navidad, la Semana Santa o la Feria, en las que la decoración, el alumbrado y, sobretodo, las vacaciones, hacen tomar conciencia de que vivimos un tiempo especial.

La iglesia estaba llena de niños; los seis cursos de bachiller y los grandotes de Preu. Los de primaria iban al oratorio de arriba, en la galería alta del patio del Sagrado

Corazón, presidido por la Virgen de las Escuelas Pías. Dicen que hay otro, inaccesible a los niños, en las habitaciones privadas de los curas. Ni yo, ni ninguno de mis compañeros, lo hemos visto. Nos han colocado ocho por cada banco. La iglesia ya no resulta tan lúgubre como cuando todos los altares estaban cubiertos de unos velos morados, excepto el que guardaba el sagrario. La cuaresma, dicen los curas, no tiene por qué tener una apariencia triste. Ni siquiera el Sábado Santo se oye ya tocar la matraca. La apertura del concilio, siempre nos repetía el padre Hurtado y ahora lo hace el padre Espejo, está bien que se observe en los signos externos, pero sobretodo donde más debe notarse es en lo interior.

Los confesionarios están ocupados por curas esperando niños para ser confesados. El padre Leonardo murió hace unos años, pero su figura se hace presente por el confesionario que está frente al altar de su gran devoción: San Pompilio. Con él daba gusto confesar. No reñía nunca. Era comprensivo y su penitencia benevolente. El padre Fabián, el que era prefecto de los gratuitos ocupa el que está junto a la puerta de la sacristía, frente al altar de San José de Calasanz. Suele hablar muy alto y nadie quiere confesarse con él, pensando que los compañeros se enteraran de todo. En ese lugar confesaba el padre Ayuela; un viejecito totalmente ciego con el que siempre se quieren confesar Manolo Díaz Salazar, Pepe Díaz-Borrego y Antonio Aguilera, por aquello de que al estar ciego nunca les reconocerían: ¡Sabe Dios lo que tendrán que contarle y los pecados que tendrán! En los confesionarios de la capilla del Sagrario y en la de la escalera que sirve de acceso al coro, se han colocado el padre Juan, el padre Isidro, el padre Blas y el padre Santos. El padre Espejo, el actual rector, es el que dirá la misa. Su casulla morada y su cara de circunstancias ponen a las claras que nos encontramos en un tiempo penitencial. El padre Millán, como prefecto de bachiller que es, deambula por entre los bancos, de uno a otro lado de la iglesia, vigilando el comportamiento de los niños.

Viernes, 1 de marzo de 1971.

Hoy, primer viernes de cuaresma, hemos ido a misa, de forma obligatoria, a primera hora de la mañana. El celebrante, el padre Millán, ha repetido una y otra vez que hoy es vigilia completa, es decir ayuno y abstinencia. Los niños no entendemos muy bien la diferencia entre uno y otra, pero en mi casa, hoy, seguro que habrá de comer espinacas con garbanzos, arroz con bacalao o papas con chocos.

A las diez, clase de Historia del Arte con el padre Santos. Es un buen profesor. Sus explicaciones son recias, pero en absoluto aburridas. Ignoro de dónde será, pero parece un castellano típico, no tanto como el padre Blas, pero sí un hombre recio sin el más mínimo espacio para el detalle humorístico o el comentario irónico. La clase de hoy ha sido sobre la arquitectura gótica. Nos ha hablado de las catedrales francesas y de las españolas Burgos, León, Toledo... En el libro no venía la de Sevilla. Nos ha chocado un poco. Alguien ha preguntado el motivo y el padre Santos lo ha dejado todo claro: Nuestra catedral es una joya artística con distintos elementos almohades, góticos, renacentistas y neoclásicos; pero, desde el punto de vista estrictamente gótico, no se considera tan representativa como las citadas en el libro. Por más señas, nos ha recordado el padre Santos, la fachada que da al Archivo de Indias, no exenta de grandiosidad y belleza, no va más allá de ochenta años.

De vuelta a casa me he encontrado con colas enormes que casi llegaban a la Alfalfa. Es el primer viernes de marzo y una gran cantidad de fieles esperan su turno para entrar en la iglesia de San Ildefonso a ver al Cautivo. La cola avanza por la calle Boteros y Cabeza del Rey Don Pedro. El tráfico es desviado por la calle Águilas hacia la Alfalfa. A la puerta de la iglesia, Pepe el sacristán ha instalado un puesto de venta de velas. Por la calle Rodríguez Marín, la gente va saliendo previo paso por la sala de venta de recuerdos: escapularios, fotografías del Cautivo, llaveros, medallas... Algunas mujeres visten un hábito de color morado, fruto de alguna promesa o alguna desgracia a remediar. Los niños del barrio, poca gente lo sabe, aprovechamos ese día para entrar a ver la Casa de Pilatos. Ese palacio tan enigmático y distante el resto del año, abre ese día sus puertas a todo el que quiera entrar a ver el Cristo de Medinaceli. Los niños no dejamos pasar la oportunidad de entrar gratis y pasear por sus patios, sus jardines y sus desnudas habitaciones. Al salir, siempre decimos lo mismo: *A mí no me ha gustado... ¡no es para tanto!*

Martes, 5 de marzo de 1971.

Por la mañana, cuando hemos llegado, las paredes del patio de la Virgen estaban llenas de carteles. Se trata de una muestra de los trabajos que los alumnos de cuarto, quinto y sexto hemos hecho la semana pasada como parte de las actividades de la cuaresma. Los *pósters*, que así es como llaman ahora a los carteles, versan sobre temas como el hambre en el tercer mundo, la vida misionera, las guerras, la solidaridad, el paro, el subdesarrollo... Con ello, los curas, intentan que *nos invada el espíritu cuaresmal*, en palabras del padre Millán.

El jueves y el viernes, nos han anunciado la presencia de dos padres jesuitas para la práctica de ejercicios espirituales. Según nos ha dicho el padre prefecto, es preferible que los que dirijan los ejercicios sean curas distintos de los que tenemos todo el año. Además, parece lógico que los hijos de San Ignacio de Loyola, el creador de este tipo de formación, sean especialistas en la materia. Los alumnos, por muy pesados que resulten los jesuitas, preferimos las charlas cuaresmales a las clases. En los ejercicios se puede desconectar de una aburrida plática, pero en las clases normales es más difícil: los profesores están más pendientes y, además, preguntan, ponen notas y castigan.

Jueves, 14 de marzo de 1971.

La cuaresma avanza y las misas son diarias, amén de las recomendaciones acerca de la necesidad de mortificar el cuerpo en beneficio del alma. No por ello, los profesores bajan el listón. Todo lo contrario, aprietan cada vez más, sabiendo que, dentro de pocos días, acabará el segundo trimestre.

A última hora de la mañana, hemos tenido clase de literatura con Don Antonio García de Quirós. Sus clases son amenas y se las toma con mucha seriedad. A la mayoría de nosotros nos cae bien, aunque siempre hay alguno que dice que es demasiado hablador y un tanto pesado. ¡No estoy de acuerdo! Me parece un hombre entregado a la enseñanza y, lo mismo cuando nos daba Latín, que ahora que nos da Historia de la Literatura Universal, su entrega es absoluta. Para estimularnos en el

estudio hace concursos al estilo del programa de televisión *Cesta y Puntos*, espacio presentado por Daniel Vindel, y al equipo ganador le obsequia con una bolsa de caramelos.

Este curso, Don Antonio, ha puesto en práctica un sistema de préstamo de libros aduciendo que la biblioteca del colegio está poco surtida y, además, es poco accesible. Cuando va explicando algún tema en clase, dice que tal libro lo tiene en su casa y que, si alguien quiere leerlo, él se lo presta. Ya somos alumnos de sexto de bachiller y confía plenamente en que sabremos cuidar de los libros prestados. Únicamente nos pone dos condiciones: que hagamos un trabajo de unos folios sobre el libro leído y que se lo devolvamos en idénticas condiciones de conservación en las que nos fue entregado. En el primer trimestre, yo escogí las *Vidas paralelas* de Plutarco y en este segundo todavía no he pedido ninguno. No he visto nada que me atraiga. Algunos han solicitado obras excesivamente densas y, a más de uno, se le ha atragantado la épica medieval.

### Miércoles, 20 de marzo.

Ayer fue festivo: San José. Ahora, cosas del comercio, han dado en llamarle Día del Padre. Para mí es el santo de mi hermano Pepe y, sobre todo, un día sin colegio. Hoy me ha costado trabajo levantarme. Creo que a todos mis compañeros les habrá pasado lo mismo. Cuesta trabajo volver a coger el ritmo con un día festivo a mitad de semana. Aunque no nos importaría a ninguno de nosotros que todas las semanas tuvieran algún día de fiesta. Lo único que puede objetarse es que, al no ser domingos, no hay fútbol y un festivo sin carrusel deportivo resulta largo y aburrido.

Al colegio se le coge poco cariño, se le tiene poca afición. En este curso los profesores no pegan. Algunos dicen que son las nuevas directrices educativas del colegio, por orden expresa del padre Rector, el padre Espejo. Otros afirman que los curas, como ya somos mayores y tenemos unos quince y otros dieciséis años, temen que alguno pueda devolver la bofetada y deje KO a alguno de ellos. Yo dejaría, si pudiera, KO al Portillo. Es el único profesor al que no trago. No soy el único. No le cae bien a casi nadie, aunque a algunos les resulta gracioso, pero su humor es maléfico. Gracias a que este año no nos da clases... que si no se iba a enterar...

### Jueves, 21 de marzo.

Después de la misa, de diez a once, hemos tenido Política. Don Antonio Martín Flores nos ha hablado de la composición de las Cortes, de la función de los sindicatos y de la actividad de los procuradores en defensa del Movimiento Nacional. La doctrina de José Antonio ha dejado todo previsto para el bien de los españoles y sus ideas son esenciales para el mantenimiento de la identidad nacional, frente a las agresiones de los países del Este. Nuestros amigos los americanos son el principal baluarte para la defensa de los valores patrios, nos ha repetido Don Antonio. Cada vez que repetía el nombre de José Antonio, los alumnos, en voz baja, aunque cada vez más alta, contestábamos: ¡Bien! Él se ha ido calentando y subiendo el tono de la charla, adquiriendo tintes de mitin político. Por momentos, las imprecaciones se han acompañado de gesticulaciones

brazo en alto y los tímidos aplausos han llegado a ser evidentes y fácilmente audibles. Ha sido una situación casi cómica. Sólo nos ha faltado acabar cantando el *Cara al Sol*.

Jueves, 28 de marzo de 1971.

Mañana es viernes de dolores. Por fin acaba la cuaresma. Uno, que ni es cura ni tiene la más remota intención de serlo, acaba hasta el gorro de tanto no comer carne los viernes, tanta misa y tantas charlas para meditar. Menos mal que mientras el cura larga su perorata uno se evade pensando en la posible alineación del Betis o del Sevilla, según cada caso, en la jornada siguiente.

Por mi barrio de la Alfalfa hay una actividad especial. Las tiendas de capirotos de la calle Alcaicería tienen largas colas y la espartería de la Alfalfa no da abastos a hacer espartos para los nazarenos. Se ven muchos futuros nazarenos con las talegas de las túnicas prestadas por las hermandades y los comercios del centro están llenos de mocitas acompañadas de sus madres, comprando alguna prenda para estrenar, como manda la tradición, el Domingo de Ramos.

Mañana acabará el segundo trimestre. Nos darán las notas. Yo, como diría Don Fernando Armenta: *Comme ci... comme ça*.